

“Debemos desconstruir la estética de la esclava y ver el sometimiento, el maltrato, la secundaridad como una expresión final de las relaciones humanas, donde comienzan las transgresiones. La ética de la lesbos debería contener una propuesta de horizontalidad, porque sólo en ese plano suceden los intercambios de sujeto a sujeto. Espacio amoroso que debemos dibujar, reinventar y narrar, para construir un saber amar otro, que nos acumule en sociedad de otra manera.”



INCIDENCIAS LÉSBICAS O EL AMOR AL PROPIO REFLEJO



“Debemos desconstruir la estética de la esclava y ver el sometimiento, el maltrato, la secundaridad como una expresión final de las relaciones humanas, donde comienzan las transgresiones. La ética de la lesbos debería contener una propuesta de horizontalidad, porque sólo en ese plano suceden los intercambios de sujeto a sujeto. Espacio amoroso que debemos dibujar, reinventar y narrar, para construir un saber amar otro, que nos acumule en sociedad de otra manera.”



Difusión Feminista Herética
Ediciones feministas y lésbicas
independientes

INCIDENCIAS LÉSBICAS O EL AMOR AL PROPIO REFLEJO



Extracto del libro *EL TRIUNFO DE LA MASCULINIDAD*. **Margarita Pisano**

Difusión Feminista Herética



**Difusión
Feminista
Herética
Ediciones
feministas y
lésbicas
independientes**

Una editorial feminista DIY y autogestionada, una iniciativa de autonomía lésbico-feminista para la difusión contrahegemónica: anti-capitalista, radical, lesbiana, anti-racista, ecofeminista, anarcofeminista, para circulación del



**Difusión
Feminista
Herética
Ediciones
feministas y
lésbicas
independientes**

Una editorial feminista DIY y autogestionada, una iniciativa de autonomía lésbico-feminista para la difusión contrahegemónica: anti-capitalista, radical, lesbiana, anti-racista, ecofeminista, anarcofeminista, para circulación del pensamiento feminista, como apuesta en la reflexión crítica, autocrítica y la búsqueda de la propia identidad política activista, rescatando de paso nuestras propias palabras, pensamiento, simbólico y herstory.

Escribínos a apoiamutua@riseup.net

FOTOCOPIA Y DIFUNDE! ANTICOMERCIAL

necesita de la tolerancia de los poderes económicos, religiosos, culturales y políticos para existir.

Edición: Buenos Aires, agosto de 2012

Sobre la autora...

Margarita Pisano, arquitecta, feminista crítica de la cultura contemporánea, escritora chilena. Fundadora de la Casa de la Mujer La Morada, Radio Tierra y Movimiento Feminista Autónomo. En 1995 publicó el libro *Deseos de Cambio o... ¿El Cambio de los Deseos?*, En 1996 publicó *Un Cierta Desparpajo*. Su tercer libro, titulado *El Triunfo de la Masculinidad*, fue editado en mayo del 2001. Y su último libro, *Julia, quiero que seas feliz*, publicado en Octubre de 2004. Ha realizado cursos, talleres y dictado conferencias en Latinoamérica y Europa. Su vasta experiencia de trabajo con mujeres de diferentes sectores sociales la ha llevado a profundizar sobre los desafíos de la

necesita de la tolerancia de los poderes económicos, religiosos, culturales y políticos para existir.

Edición: Buenos Aires, agosto de 2012

Sobre la autora...

Margarita Pisano, arquitecta, feminista crítica de la cultura contemporánea, escritora chilena. Fundadora de la Casa de la Mujer La Morada, Radio Tierra y Movimiento Feminista Autónomo. En 1995 publicó el libro *Deseos de Cambio o... ¿El Cambio de los Deseos?*, En 1996 publicó *Un Cierta Desparpajo*. Su tercer libro, titulado *El Triunfo de la Masculinidad*, fue editado en mayo del 2001. Y su último libro, *Julia, quiero que seas feliz*, publicado en Octubre de 2004. Ha realizado cursos, talleres y dictado conferencias en Latinoamérica y Europa. Su vasta experiencia de trabajo con mujeres de diferentes sectores sociales la ha llevado a profundizar sobre los desafíos de la sociedad contemporánea. Ha publicado artículos en revistas chilenas, latinoamericanas y europeas.

INCIDENCIAS LÉSBICAS O EL AMOR

AL PROPIO REFLEJO

Extracto del libro *EL TRIUNFO DE LA MASCULINIDAD*, **Margarita Pisano**

«Antes que existiera o pudiera existir cualquier clase de movimiento feminista, existían las lesbianas, mujeres que amaban a otras mujeres,

secundaridad y la revalorización de objeto útil. El travestido no es otra cosa que la caracterización de la tonta femenina subordinada a los deseos y maltratos de la masculinidad.

Creo que la comunidad homosexual debiera repensar estos tics conservadores y el deseo de acceder a un sistema que los reprueba y persigue. Ya que sin entender la complejidad de la cultura masculinista en la que vivimos y lo funcionales que podemos llegar a ser, es difícil que nuestra opción sexual tenga una dimensión política que altere el sistema. Poco tenemos que hacer con los varones homosexuales, ellos no tienen nuestras experiencias corporales, históricas, ni biográficas de maltrato y sumisión, no son discriminados por sus cuerpos, sino por sus opciones. Forman parte

INCIDENCIAS LÉSBICAS O EL AMOR

AL PROPIO REFLEJO

Extracto del libro *EL TRIUNFO DE LA MASCULINIDAD*, **Margarita Pisano**

«Antes que existiera o pudiera existir cualquier clase de movimiento feminista, existían las lesbianas, mujeres que amaban a otras mujeres, que rehusaban cumplir con el comportamiento esperado de ellas, que rehusaban definirse con relación a los hombres, aquellas mujeres, nuestras antepasadas, millones, cuyos nombres no conocemos, fueron torturadas y quemadas como brujas.»
Adrienne Rich

secundaridad y la revalorización de objeto útil. El travestido no es otra cosa que la caracterización de la tonta femenina subordinada a los deseos y maltratos de la masculinidad.

Creo que la comunidad homosexual debiera repensar estos tics conservadores y el deseo de acceder a un sistema que los reprueba y persigue. Ya que sin entender la complejidad de la cultura masculinista en la que vivimos y lo funcionales que podemos llegar a ser, es difícil que nuestra opción sexual tenga una dimensión política que altere el sistema. Poco tenemos que hacer con los varones homosexuales, ellos no tienen nuestras experiencias corporales, históricas, ni biográficas de maltrato y sumisión, no son discriminados por sus cuerpos, sino por sus opciones. Forman parte de esta cultura, la reafirman y marcan constantemente. La lesbo-homosexualidad se piensa desde un lugar fronterizo, entre la homosexualidad y la heterosexualidad, no forma parte de ninguno de estos dos modelos, aunque contenga algunos de sus tics culturales.

Históricamente el pensamiento lesbiano ha sido un lugar de escondite y de exposición de un proyecto distinto de sociedad, donde no se

Las mujeres hemos sostenido largas luchas externas e internas con nuestras capacidades, de querer ser actantes de nuestros deseos, de

aunque como mujeres seamos igualmente desvalorizadas. La especificidad de la problemática de las lesbianas –a medida que el mundo homosexual ha adquirido más visibilidad– queda sumida en una lectura homosexual generalizada, donde priman de la misma manera que en la heterosexualidad, los intereses masculinos de un trato igualitario que no nos contiene.

Las feministas radicales y las feministas lesbianas sabemos que con leyes igualitarias no se arreglan nuestros problemas, ni se derrumba la feminidad como construcción cultural, por el contrario, la masculinidad sólo suma a su cultura a los discriminados útiles, allí radica su juego de diversidad. La aspiración de igualdad que tiene el

entendernos como mujeres individual y colectivamente. Nuestros diálogos fundamentalmente han sido de feminidad a feminidad, es decir, siempre dentro del marco de la construcción simbólica patriarcal que han hecho de nosotras, de este deber ser como personas y de nuestros cuerpos. El diálogo mujer/mujer está aún pendiente, pues el único diálogo que existe hasta ahora, que hace memoria y que trasciende la historia, es el femenino/femenina. La mujer como sujeto pensante y político permanece en las sombras. En este diálogo prima la ajenidad, es un diálogo del otro, basado en el acondicionamiento al amor patriarcal y no en la legitimación entre mujeres como conjunto pensante. Más aún, dentro de la construcción del amatorio hemos sido separadas, mientras que los hombres consolidan

aunque como mujeres seamos igualmente desvalorizadas. La especificidad de la problemática de las lesbianas –a medida que el mundo homosexual ha adquirido más visibilidad– queda sumida en una lectura homosexual generalizada, donde priman de la misma manera que en la heterosexualidad, los intereses masculinos de un trato igualitario que no nos contiene.

Las feministas radicales y las feministas lesbianas sabemos que con leyes igualitarias no se arreglan nuestros problemas, ni se derrumba la feminidad como construcción cultural, por el contrario, la masculinidad sólo suma a su cultura a los discriminados útiles, allí radica su juego de diversidad. La aspiración de igualdad que tiene el movimiento homosexual, corresponde a la nostalgia de haber formado parte de lo establecido y de compartir espacios de poder político y económico con el resto de los hombres. Siempre han formado parte del colectivo varón que tiene el poder. La cultura que produce el mundo homosexual masculino está tanto o más impregnada de misoginia que la heterosexual. Ha sido usada por la cultura neoliberal masculinista para atrapar a las mujeres más que nunca en la

entendernos como mujeres individual y colectivamente. Nuestros diálogos fundamentalmente han sido de feminidad a feminidad, es decir, siempre dentro del marco de la construcción simbólica patriarcal que han hecho de nosotras, de este deber ser como personas y de nuestros cuerpos. El diálogo mujer/mujer está aún pendiente, pues el único diálogo que existe hasta ahora, que hace memoria y que trasciende la historia, es el femenino/femenina. La mujer como sujeto pensante y político permanece en las sombras. En este diálogo prima la ajenidad, es un diálogo del otro, basado en el acondicionamiento al amor patriarcal y no en la legitimación entre mujeres como conjunto pensante. Más aún, dentro de la construcción del amatorio hemos sido separadas, mientras que los hombres consolidan su cultura legitimándose, admirándose y amándose entre ellos. Hemos tenido que declararnos medio tontas para existir y permanecer en el prado marcado y señalado de la feminidad, lo que tiene más trascendencia de lo que a primera vista parece. Treta de sobrevivencia, que tiene el precio de nuestra dimensión humana, pensante y actuante, en perjuicio de que el diálogo mujer/mujer siempre sea postergado por los intereses prácticos que se

funcionalizan a los de la cultura vigente, y que jamás desde ese sitio serán generadores de otra cultura, ya que los intereses de las mujeres no tienen nada que ver con los intereses de la feminidad. Debemos tener claro que la feminidad es una construcción organizada dentro de la masculinidad y en función de ella.

Mientras no seamos capaces de interrogar el diseño que han hecho otros de nuestro pensamiento, de nuestra forma de entender la vida y su trascendencia, de crear otros modelos, de abrir la atracción entre mujeres, de abrir la necesidad de entrar en diálogos con una otra igual, no nos amaremos a nosotras mismas, no nos amaremos como mujeres y, fundamentalmente, no nos respetaremos como

Dicha erótica contiene la ruptura de los límites de lo femenino y la resistencia al proyecto heterosexual establecido, rompiendo no sólo la misoginia, sino fundamentalmente la fidelidad de amor hacia los hombres. Los modelos eróticos con que somos socializadas van construyendo y reconstruyendo la simbólica de lo femenino desde los poderes culturales, que son reforzados permanentemente por la iconografía de los medios de comunicación y de grupos culturales que, aunque, aparentemente tengan una posición permisiva o cuestionadora de la sexualidad o de la libertad, en lo medular siguen sosteniendo los viejos valores de la masculinidad.

Para cambiar estos valores se requiere necesariamente de un proceso político cultural

funcionalizan a los de la cultura vigente, y que jamás desde ese sitio serán generadores de otra cultura, ya que los intereses de las mujeres no tienen nada que ver con los intereses de la feminidad. Debemos tener claro que la feminidad es una construcción organizada dentro de la masculinidad y en función de ella.

Mientras no seamos capaces de interrogar el diseño que han hecho otros de nuestro pensamiento, de nuestra forma de entender la vida y su trascendencia, de crear otros modelos, de abrir la atracción entre mujeres, de abrir la necesidad de entrar en diálogos con una otra igual, no nos amaremos a nosotras mismas, no nos amaremos como mujeres y, fundamentalmente, no nos respetaremos como género y como especie.

Al interrogar el diseño que han hecho de nosotras, recién comenzaremos a ser sujetos actuantes, a desconstruir la misoginia –con una misma y con las otras–. Sin esta condición básica sólo seremos invitadas, convidadas a un sistema que piensa por nosotras, que se erotiza con nuestros cuerpos y no con nuestro pensamiento.

Dicha erótica contiene la ruptura de los límites de lo femenino y la resistencia al proyecto heterosexual establecido, rompiendo no sólo la misoginia, sino fundamentalmente la fidelidad de amor hacia los hombres. Los modelos eróticos con que somos socializadas van construyendo y reconstruyendo la simbólica de lo femenino desde los poderes culturales, que son reforzados permanentemente por la iconografía de los medios de comunicación y de grupos culturales que, aunque, aparentemente tengan una posición permisiva o cuestionadora de la sexualidad o de la libertad, en lo medular siguen sosteniendo los viejos valores de la masculinidad.

Para cambiar estos valores se requiere necesariamente de un proceso político cultural civilizatorio que cuestione en lo más profundo los viejos estereotipos de la sociedad patriarcal, que sigue totalmente vigente, aunque se haya travestido de una pseudo igualdad en esta masculinidad moderna.

El lesbianismo corresponde a un pensamiento histórico-político que tiene características propias y que no son comparables, ni semejantes a la experiencia de las mujeres heterosexuales,

y prioritaria, correspondiendo de esta manera al mandato cultural: las mujeres aman y los hombres piensan. En este espacio amoroso subordinado, las mujeres ejercen sus pequeños poderes, sus resistencias, sus tretas, sus influencias; único espacio de poder relativo que les pertenece.

Contradictoriamente no somos las mujeres las amadas por la cultura, sino más bien, las deseadas, poseídas y temidas. Son los hombres los amados, tanto por las mujeres como por los propios hombres, construyendo así una cultura misógina que ama a los hombres y desprecia a las mujeres. Se podría desprender entonces, que las mujeres que aman a mujeres, es decir, las lesbianas, no sólo transgreden este mandato histórico de subordinación a lo masculino, sino

Estaremos siempre un poco fuera, fuera del mundo, fuera de la cultura, fuera de la política y fuera de nuestro propio cuerpo, cayendo fácilmente en los procesos esquizofrénicos de esta sociedad. Las mujeres que se declaran profundamente heterosexuales, que divinizan el cuerpo masculino, como cuerpo simbólico que necesitan y adoran, y que, sin embargo, es el que las menosprecia, el que las ha sometido a la secundaridad de la especie humana, ha hecho posible la permanencia y omnipotencia de la masculinidad, manteniéndonos en esta extranjería sobre nuestro propio cuerpo. Sin embargo, existe una memoria velada de nosotras, que forma parte de nuestra historia, aunque se encuentre subsumida en la historia de la «feminidad» y que es muy difícil de desentrañar, justamente por la

y prioritaria, correspondiendo de esta manera al mandato cultural: las mujeres aman y los hombres piensan. En este espacio amoroso subordinado, las mujeres ejercen sus pequeños poderes, sus resistencias, sus tretas, sus influencias; único espacio de poder relativo que les pertenece.

Contradictoriamente no somos las mujeres las amadas por la cultura, sino más bien, las deseadas, poseídas y temidas. Son los hombres los amados, tanto por las mujeres como por los propios hombres, construyendo así una cultura misógina que ama a los hombres y desprecia a las mujeres. Se podría desprender entonces, que las mujeres que aman a mujeres, es decir, las lesbianas, no sólo transgreden este mandato histórico de subordinación a lo masculino, sino que, al mismo tiempo, poseen la potencialidad de sanarse de la propia misoginia para resimbolizarse, no en función de otros, sino de sí mismas. Esta socialización contiene una trampa muy potente, pues cuando amamos a una mujer dentro del orden simbólico masculinista, nos transformamos en sujetos doblemente focalizados hacia el amor, atrapados en los mismos espacios que nos enajenaron de la historia de la humanidad.

Estaremos siempre un poco fuera, fuera del mundo, fuera de la cultura, fuera de la política y fuera de nuestro propio cuerpo, cayendo fácilmente en los procesos esquizofrénicos de esta sociedad. Las mujeres que se declaran profundamente heterosexuales, que divinizan el cuerpo masculino, como cuerpo simbólico que necesitan y adoran, y que, sin embargo, es el que las menosprecia, el que las ha sometido a la secundaridad de la especie humana, ha hecho posible la permanencia y omnipotencia de la masculinidad, manteniéndonos en esta extranjería sobre nuestro propio cuerpo. Sin embargo, existe una memoria velada de nosotras, que forma parte de nuestra historia, aunque se encuentre subsumida en la historia de la «feminidad» y que es muy difícil de desentrañar, justamente por la ajenidad a la que hemos sido sometidas, un deseo que podríamos asociar a la pasión más que al amor, a la solidaridad o a la amistad, este deseo de aprender/aprendernos, de conocernos, de descubrirnos, nos moviliza para iniciar el tránsito de recuperación de nosotras y de nuestra verdadera historia.

Desde el lugar de la pasión, quién sabe, sea posible entendernos y entender las cosas que nos

pasan como mujeres/entre mujeres. Desde la feminidad construida es muy difícil entender esta pasión, pues la memoria ha sido borrada y no se la deja circular, porque indiscutiblemente el sistema instala la feminidad misógina, que propone el odio hacia nosotras mismas, aunque algunas veces nos eroticemos en este espacio. Por esto, cuando nos erotizamos dentro del espacio significado de la feminidad, quedamos estacionadas, sólo cambiamos el cuerpo de la erótica, el cuerpo del deseo.

Esta memoria de pasiones existe entre nosotras, tenemos que encontrarla y significarla en el tiempo, registrarla y hacerla salir del lugar de la nada. La masculinidad tiene una especial preocupación de invisibilizar y eliminar la memoria

Estos son algunos de los signos con que se construyen las ideas de feminidad y donde la mujer pierde automáticamente la autonomía e independencia, para formar parte de una masculinidad que nos piensa y diseña nuestra subordinación en todos los ámbitos de la cultura, subordinación que es mucho más sutil y profunda de lo que aparentemente pudiéramos apreciar.

La cultura contemporánea no ha hecho sino afinar la sumisión y deslegitimación de las mujeres, éste ha sido el hecho fundacional del patriarcado que se extiende y perfecciona en la cultura masculinista contemporánea, aunque haga el juego de apariencias democráticas e igualitarias. Detrás, existe una historia de represión donde las mujeres han sido desprovistas de la palabra y de

pasan como mujeres/entre mujeres. Desde la feminidad construida es muy difícil entender esta pasión, pues la memoria ha sido borrada y no se la deja circular, porque indiscutiblemente el sistema instala la feminidad misógina, que propone el odio hacia nosotras mismas, aunque algunas veces nos eroticemos en este espacio. Por esto, cuando nos erotizamos dentro del espacio significado de la feminidad, quedamos estacionadas, sólo cambiamos el cuerpo de la erótica, el cuerpo del deseo.

Esta memoria de pasiones existe entre nosotras, tenemos que encontrarla y significarla en el tiempo, registrarla y hacerla salir del lugar de la nada. La masculinidad tiene una especial preocupación de invisibilizar y eliminar la memoria de nuestros cuerpos, porque allí radica su vigencia, en este gesto amnésico constituye su poder. Es nuestra responsabilidad y nuestro desafío, entender y reconstruir esta dimensión del deseo/pasión/de conocer/nos. Es más, toda mujer conserva esta memoria/inmemoriada y su forma de relacionarse con otra mujer está traspasada por este contenido. Nada podría proponerse desde el feminismo y, en especial, desde el

Estos son algunos de los signos con que se construyen las ideas de feminidad y donde la mujer pierde automáticamente la autonomía e independencia, para formar parte de una masculinidad que nos piensa y diseña nuestra subordinación en todos los ámbitos de la cultura, subordinación que es mucho más sutil y profunda de lo que aparentemente pudiéramos apreciar.

La cultura contemporánea no ha hecho sino afinar la sumisión y deslegitimación de las mujeres, éste ha sido el hecho fundacional del patriarcado que se extiende y perfecciona en la cultura masculinista contemporánea, aunque haga el juego de apariencias democráticas e igualitarias. Detrás, existe una historia de represión donde las mujeres han sido desprovistas de la palabra y de proyectos políticos, lo que hace imposible salirse del lugar asignado.

Es en este lugar simbólico donde se usa la sexualidad como un acto de apropiación que conlleva la dominación como idea de construcción cultural. Para que todo este engranaje de significaciones opere, la historia de las mujeres ha sido focalizada en el ejercicio de amar sobre el pensar. El amor adquiere una dimensión invasiva

delimitándonos exclusivamente al modelo de la heterosexualidad reproductiva.

La reducción de la sexualidad al espacio reproductivo es fundamental para declarar al cuerpo como objeto para ser dominado, en contrapunto a lo superior: la mente y el espíritu. El hombre superior es aquel que domina su cuerpo, y para el cual el cuerpo es algo molesto pero inevitable. El corte conflicto entre cuerpo y mente es una de las zonas donde se experimenta el dominio, donde se instala la construcción de las carencias y se asignan las capacidades. El crear, pensar, organizar y elaborar valores, es lo que se define como masculino y traduce a su cuerpo en lugar de entrenamiento y desarrollo para el dominio, tal como piensa sus cuerpos culturales

delimitándonos exclusivamente al modelo de la heterosexualidad reproductiva.

La reducción de la sexualidad al espacio reproductivo es fundamental para declarar al cuerpo como objeto para ser dominado, en contrapunto a lo superior: la mente y el espíritu. El hombre superior es aquel que domina su cuerpo, y para el cual el cuerpo es algo molesto pero inevitable. El corte conflicto entre cuerpo y mente es una de las zonas donde se experimenta el dominio, donde se instala la construcción de las carencias y se asignan las capacidades. El crear, pensar, organizar y elaborar valores, es lo que se define como masculino y traduce a su cuerpo en lugar de entrenamiento y desarrollo para el dominio, tal como piensa sus cuerpos culturales (academia, instituciones deportivas, ejércitos, iglesias, etcétera).

Cuerpos que se recuperan, se legitiman y admiran dentro de la cultura masculinista. El cuerpo mujer, por el contrario, es un cuerpo subordinado a su función reproductora. Reducido a sujeto instintivo y/o a objeto de placer, anulado como sujeto pensante, gracias a esta operación cultural de cuerpo supeditado al dominio.

feminismo radical, que no pase por recuperar y reconstruir esta otra historia de mujeres.

En todo ser humano existe la potencialidad de traspasar los límites culturales de la heterosexualidad. Sólo si aceptamos esta potencialidad podremos deshacernos de los prejuicios contra las lesbianas y homosexuales. Me atrevería a afirmar que más allá de romper con los prejuicios, asumiendo esta potencialidad móvil de la erótica, es necesario empezar a limpiarnos de la misoginia del sistema, que no es el mismo ejercicio que ejecutan los hombres, ni aún los hombres homosexuales, pues ellos siempre se han amado y armado misógicamente, estén donde estén.

feminismo radical, que no pase por recuperar y reconstruir esta otra historia de mujeres.

En todo ser humano existe la potencialidad de traspasar los límites culturales de la heterosexualidad. Sólo si aceptamos esta potencialidad podremos deshacernos de los prejuicios contra las lesbianas y homosexuales. Me atrevería a afirmar que más allá de romper con los prejuicios, asumiendo esta potencialidad móvil de la erótica, es necesario empezar a limpiarnos de la misoginia del sistema, que no es el mismo ejercicio que ejecutan los hombres, ni aún los hombres homosexuales, pues ellos siempre se han amado y armado misógicamente, estén donde estén.

Siempre contamos con una amiga íntima, una otra que nos contiene, una aliada, y es con esa otra con quien se cruzan nuestros pequeños incidentes lésbicos negados. Esta negación se enraiza en la sensación de terror de descubrirse pensando o sintiendo el traspaso del límite de lo permitido, sustentado en la formación de los modelos de la erótica y la ética/moral establecidos. La mujer se paraliza ante la sanción inminente del sistema, se niega a sí misma, para no ser negada dos veces:

una por ser mujer y la segunda por ser lesbiana. Las que rehúsan cumplir con el comportamiento esperado, son las minorías rebeldes que nos hacen valientes, que transitan y asumen el lesbianismo y se abren a comprenderlo rompiendo el círculo siniestro de la culpa y el miedo con que nos han socializado. El miedo al lesbianismo es uno de los miedos importantes que ha inventado la sociedad, no es inocente, ha sido uno de los mejores diseños y adiestramientos inmovilizadores para las mujeres.

Aunque el lesbianismo no se practique como erótica, la memoria que tenemos de este gesto amatorio sancionado, instala, a través de su negación, la desconfianza entre las mujeres. Una gran parte de los problemas que tenemos para

Terminamos por querer estar en el centro mismo del poder, cuando el desafío político pasa justamente por no colaborar con el sistema, ni funcionalizarnos para sostenerlo. Para esto necesitamos un espacio político a solas, donde crear con independencia, un lugar de experimentación y de estudio donde no nos sigan quemando en las plazas públicas. No basta ser mujer, no basta ser feminista, ni basta ser lesbiana para esbozar la idea de otra cultura, hay que situarse fuera y hurgar hasta el último rincón de la masculinidad para poder desconstruirla.

Hay un límite ético y político con nosotras mismas y nuestro cuerpo. Dejar las cosas como están, ya no es posible, no existe esa realidad para nosotras.

una por ser mujer y la segunda por ser lesbiana. Las que rehúsan cumplir con el comportamiento esperado, son las minorías rebeldes que nos hacen valientes, que transitan y asumen el lesbianismo y se abren a comprenderlo rompiendo el círculo siniestro de la culpa y el miedo con que nos han socializado. El miedo al lesbianismo es uno de los miedos importantes que ha inventado la sociedad, no es inocente, ha sido uno de los mejores diseños y adiestramientos inmovilizadores para las mujeres.

Aunque el lesbianismo no se practique como erótica, la memoria que tenemos de este gesto amatorio sancionado, instala, a través de su negación, la desconfianza entre las mujeres. Una gran parte de los problemas que tenemos para hacer amistad entre mujeres pasa por esta pasión/deseo de conocernos, no reconocida, ni aceptada aún en los niveles más recónditos de nuestra conciencia, que llega a profundidades insospechadas.

Pasión/deseo que al ser constantemente postergado, se transforma en rechazos, traiciones y odios fuera de la razón y el tiempo, pues es la otra la detonadora de esta pasión sancionada, la

Terminamos por querer estar en el centro mismo del poder, cuando el desafío político pasa justamente por no colaborar con el sistema, ni funcionalizarnos para sostenerlo. Para esto necesitamos un espacio político a solas, donde crear con independencia, un lugar de experimentación y de estudio donde no nos sigan quemando en las plazas públicas. No basta ser mujer, no basta ser feminista, ni basta ser lesbiana para esbozar la idea de otra cultura, hay que situarse fuera y hurgar hasta el último rincón de la masculinidad para poder desconstruirla.

Hay un límite ético y político con nosotras mismas y nuestro cuerpo. Dejar las cosas como están, ya no es posible, no existe esa realidad para nosotras.

LESBIANISMO: UN LUGAR DE FRONTERA

La historia de la especie humana está demarcada con cuerpos sexuados diferentes, cuerpo-mujer/cuerpo-hombre. Sobre estos cuerpos se construye todo un sistema de significaciones, valores, símbolos, usos y costumbres que normalizan no sólo nuestros cuerpos, sino la sexualidad y, por ende, nuestras vidas,

Estructuralmente es imposible, pues si nos legitima sin recuperarnos, se desarma. El análisis de la realidad desde la cultura vigente y sus propuestas, no es posible para nosotras, ya que es un lugar donde nunca estuvimos, ni estaremos ni nos pertenece como análisis. Debemos revisar cuidadosamente la necesidad de adherirnos a cualquier análisis o propuesta de cambio que no provenga desde nosotras mismas, que no recupere nuestras reflexiones, nuestra historia política, nuestra biografía y todo lo que han escrito y pensado las mujeres a lo largo de siglos, para no seguir repitiendo una y otra vez estrategias fracasadas.

Pensamos que el acceso de las mujeres a la cultura la modificaría, sin embargo, los cambios de

culpable: la Eva tentadora del mal, que hace caer al hombre y que, esta vez, nos hace caer a nosotras, la Eva nuestra.

Es difícil construir una amistad que no esté prejuiciada y permeada por la prohibición misógina de amarnos, ¿qué memorias no recordadas arrastramos?, ¿qué historias de sensaciones de quemaduras y pérdidas traemos por querernos?, ¿qué mandatos al fin de odiarnos, sin siquiera entender lo que nos pasa? Sin embargo, qué cómodas nos sentimos estando entre mujeres. Cómo querernos de otra manera, sin los roles, sin las inseguridades, las demandas de propiedad/fidelidad, sin el drama, el tango, el bolero, el secreto, sin traicionarnos constantemente. Es precisamente en este espacio

Estructuralmente es imposible, pues si nos legitima sin recuperarnos, se desarma. El análisis de la realidad desde la cultura vigente y sus propuestas, no es posible para nosotras, ya que es un lugar donde nunca estuvimos, ni estaremos ni nos pertenece como análisis. Debemos revisar cuidadosamente la necesidad de adherirnos a cualquier análisis o propuesta de cambio que no provenga desde nosotras mismas, que no recupere nuestras reflexiones, nuestra historia política, nuestra biografía y todo lo que han escrito y pensado las mujeres a lo largo de siglos, para no seguir repitiendo una y otra vez estrategias fracasadas.

Pensamos que el acceso de las mujeres a la cultura la modificaría, sin embargo, los cambios de las buenas costumbres modernas han sido sólo superficiales. Esta trampa nos ha atrapado ya demasiadas veces, podemos hacer alianzas circunstanciales, pero no dejar que nuestro discurso sea tomado por otros, manipulado por otros y despolitizado por otros. Al sentirnos tan fuera del sistema, nos baja la nostalgia de legitimidad que nos pierde y traiciona.

culpable: la Eva tentadora del mal, que hace caer al hombre y que, esta vez, nos hace caer a nosotras, la Eva nuestra.

Es difícil construir una amistad que no esté prejuiciada y permeada por la prohibición misógina de amarnos, ¿qué memorias no recordadas arrastramos?, ¿qué historias de sensaciones de quemaduras y pérdidas traemos por querernos?, ¿qué mandatos al fin de odiarnos, sin siquiera entender lo que nos pasa? Sin embargo, qué cómodas nos sentimos estando entre mujeres. Cómo querernos de otra manera, sin los roles, sin las inseguridades, las demandas de propiedad/fidelidad, sin el drama, el tango, el bolero, el secreto, sin traicionarnos constantemente. Es precisamente en este espacio amoroso donde podemos reinventar otras formas de amor, este otro amor, éste sospechado desde otra cultura, donde nos separamos mujeres pensantes y no inventadas por otros, donde rediseñar otras formas de convivencias entre seres humanas, que no sea la pareja del dominio. Como el modelo amatorio es masculinista en esencia, la construcción de la pareja está patriarcalizada en el dominio, expresándose en la construcción convencional del amorparejil,

romántico y pegajoso, que arma esta escasez de amor, en el discurso del amor único, de a dos, en pareja y para siempre, que finalmente mata los amores, por culposos o de tanto amor, que instala el dolor más que el amor. La escasez, no la abundancia. El encarcelamiento y no la libertad. Una muere siempre de alguno de estos males: duelen lo mismo, matan lo mismo. La estética y la construcción del amor patriarcal están contenidos en la idea y la visión de la esclava, la dominada, la depositaria del deseo, la continuadora del linaje, la guardiana de sus intereses, la custodiadora de su poder y de los valores que lo sostienen. Debemos desconstruir la estética de la esclava y ver el sometimiento, el maltrato, la secundaridad como una expresión final de las relaciones humanas, donde comienzan las transgresiones.

Un movimiento lesbico-político-civilizatorio, repiensa todos los elementos que trenzan el sistema, desde ese lugar diseña sus estrategias políticas. No puede entregar su reflexión a otros grupos marginados, ya que lo único que nos une es la marginación. No tenemos los mismos intereses políticos que los ecologistas, los gay, o los travestis (quienes han retomado y reins talado el discurso de la feminidad), ni tampoco con los diferentes proyectos de los partidos políticos, ni menos con las iglesias.

Todas estas instituciones están construidas del mismo modo, todas juntas sostienen la estructura de la masculinidad. No podemos negarnos a ver que el sistema masculinista es un gran rompecabezas donde las piezas que no encaja n,

romántico y pegajoso, que arma esta escasez de amor, en el discurso del amor único, de a dos, en pareja y para siempre, que finalmente mata los amores, por culposos o de tanto amor, que instala el dolor más que el amor. La escasez, no la abundancia. El encarcelamiento y no la libertad. Una muere siempre de alguno de estos males: duelen lo mismo, matan lo mismo. La estética y la construcción del amor patriarcal están contenidos en la idea y la visión de la esclava, la dominada, la depositaria del deseo, la continuadora del linaje, la guardiana de sus intereses, la custodiadora de su poder y de los valores que lo sostienen. Debemos desconstruir la estética de la esclava y ver el sometimiento, el maltrato, la secundaridad como una expresión final de las relaciones humanas, donde comienzan las transgresiones.

Un movimiento lesbico-político-civilizatorio, repiensa todos los elementos que trenzan el sistema, desde ese lugar diseña sus estrategias políticas. No puede entregar su reflexión a otros grupos marginados, ya que lo único que nos une es la marginación. No tenemos los mismos intereses políticos que los ecologistas, los gay, o los travestis (quienes han retomado y reins talado el discurso de la feminidad), ni tampoco con los diferentes proyectos de los partidos políticos, ni menos con las iglesias.

Todas estas instituciones están construidas del mismo modo, todas juntas sostienen la estructura de la masculinidad. No podemos negarnos a ver que el sistema masculinista es un gran rompecabezas donde las piezas que no encaja n, que atentan contra la estructura total, son eliminadas. Sin repensar un movimiento lésbico, político y civilizatorio, no podremos desarticular el sistema. Sin una mirada crítica, no sabremos si es desde dentro del propio movimiento lésbico que estamos traicionando nuestras políticas y nuestras potencialidades civilizatorias. ¿Qué costos ha tenido esta sucesión de ruegos a la maquinaria masculinista para que nos acepte y nos legitime?

Asimismo, continúan siendo una minoría las mujeres que ya no soportan el maltrato físico, debemos llegar a no soportar el maltrato cultural, que no ha cambiado y que sólo ha afinado esta visión estética de dominación, implicada y retorcida en la feminidad.

La ética de la lesbos debería contener una propuesta de horizontalidad, porque sólo en ese

el sexismo, el clasismo, el derechismo y, por consiguiente, la homofobia del sistema, alimentando de una manera contradictoria, su propia discriminación.

Repensar nuestras formas políticas de relacionarnos es fundamental para no suplicarle al mismo sistema que nos deslegitima, que nos legitime, haciéndolo doblemente poderoso. Cuando hablamos de sistema, estamos hablando desde el núcleo familiar hasta las instituciones, constituidos por seres de carne y hueso. Es aquí donde perdemos el rumbo y donde perdemos el poder, porque no puede existir una modificación del sistema hacia nosotras, sin que exista a su vez un acomodamiento de nosotras al sistema. Por ello, más allá del derecho de igualdad y la

plano suceden los intercambios de sujeto a sujeto. Espacio amoroso que debemos dibujar, reinventar y narrar, para construir un saber amar otro, que nos acumule en sociedad de otra manera. Debemos tener cuidado de no readequar la pareja, creyendo que inventamos otro modelo, esto no sería más que un reacomodo al mismo fango patriarcal. La cultura vigente nos hace creer que somos diferentes, que nuestras construcciones de pareja son únicas y exclusivas, al mismo tiempo que nos sumerge en sus costumbres y valores, haciendo que todos, de una u otra manera, repitamos el mismo molde.

Reinventar las relaciones conlleva el hecho de repensarnos como sujetos culturales, repensar nuestras formas de relacionarnos, repensar

el sexismo, el clasismo, el derechismo y, por consiguiente, la homofobia del sistema, alimentando de una manera contradictoria, su propia discriminación.

Repensar nuestras formas políticas de relacionarnos es fundamental para no suplicarle al mismo sistema que nos deslegitima, que nos legitime, haciéndolo doblemente poderoso. Cuando hablamos de sistema, estamos hablando desde el núcleo familiar hasta las instituciones, constituidos por seres de carne y hueso. Es aquí donde perdemos el rumbo y donde perdemos el poder, porque no puede existir una modificación del sistema hacia nosotras, sin que exista a su vez un acomodamiento de nosotras al sistema. Por ello, más allá del derecho de igualdad y la vocación de cada una, creo que hay que repensar la vigencia del matrimonio, que es una institución tan masculinista como los ejércitos. Tenemos que separar aguas con quienes quieran darle continuidad a un sistema injusto, arbitrario, racista, sexista, basado en la propiedad privada de los seres humanos y en la supremacía del hombre y su cultura depredadora.

plano suceden los intercambios de sujeto a sujeto. Espacio amoroso que debemos dibujar, reinventar y narrar, para construir un saber amar otro, que nos acumule en sociedad de otra manera. Debemos tener cuidado de no readequar la pareja, creyendo que inventamos otro modelo, esto no sería más que un reacomodo al mismo fango patriarcal. La cultura vigente nos hace creer que somos diferentes, que nuestras construcciones de pareja son únicas y exclusivas, al mismo tiempo que nos sumerge en sus costumbres y valores, haciendo que todos, de una u otra manera, repitamos el mismo molde.

Reinventar las relaciones conlleva el hecho de repensarnos como sujetos culturales, repensar nuestras formas de relacionarnos, repensar nuestros conceptos parejiles, que tienen una norma –si es que podemos hablar de normas–, que es no engañarnos a nosotras mismas. Cuando hablo de engañar, no hablo de fidelidades, sino de no disfrazar nada, de no esconder nada, ni protegernos ni proteger a otros. Todo ello tiene una dosis grande de valentía, del riesgo de asumirse sin protecciones propias ni ajenas; contiene a una descubridora, una aventurera, para la que nada es intocable e

incuestionable, nada es sagrado. Este gesto tiene un objetivo claro y profundo, hacer a las personas expresadas, libres y más humanas, lo que no se debe confundir con hacerse la buena, porque generalmente alude al revés de la moral sacrificada. El buenismo amortigua, esconde, niega, se arma desde el sacrificio y la hipocresía del romanticismo, se acuna en la autoflagelación... y a estas alturas del cuento, muchas ya sabemos lo difícil y doloroso que es no contar finalmente el cuento, cuando tenemos otro cuento.

Si no reestructuramos, rediseñamos, rehumanizamos y repensamos el espacio lésbico, terminaremos por caer en la exaltación patriarcal del romántico amoroso sentimental donde creemos estar a salvo de la traición de los

empoderamiento de los varones es tal, que incluso el discurso de la feminidad es tomado por travestis, transexuales y homosexuales, reinstalando la más tópica y retrógrada de las feminidades, la que hemos tratado de combatir desde el feminismo radical.

La lesbo-homosexualidad tiene la potencialidad de aproximación a un cambio cultural más profundo, que no se corresponde al del movimiento homosexual masculino, donde las políticas y el discurso están definidos por los varones masculinistas homosexuales y en los cuales se repite la invisibilización que hemos sufrido las mujeres siempre y, por lo tanto, no lograrán crear una propuesta transformadora. Lo que transforma a la sociedad es una visión crítica a los valores de

incuestionable, nada es sagrado. Este gesto tiene un objetivo claro y profundo, hacer a las personas expresadas, libres y más humanas, lo que no se debe confundir con hacerse la buena, porque generalmente alude al revés de la moral sacrificada. El buenismo amortigua, esconde, niega, se arma desde el sacrificio y la hipocresía del romanticismo, se acuna en la autoflagelación... y a estas alturas del cuento, muchas ya sabemos lo difícil y doloroso que es no contar finalmente el cuento, cuando tenemos otro cuento.

Si no reestructuramos, rediseñamos, rehumanizamos y repensamos el espacio lésbico, terminaremos por caer en la exaltación patriarcal del romántico amoroso sentimental donde creemos estar a salvo de la traición de los hombres, exaltando la feminidad/feminidad: el amor sin límites de la irracionalidad, el amor sentimental, sacrificado, bueno, incuestionable, maternal, sagrado, el amor en sí mismo como contenido de honestidad y de intereses comunes, que no se piensa, como si no tuviera una persona responsable detrás, con sus valores, su cultura, sus proposiciones de vida, su biografía. Es precisamente aquí donde el patriarcado tiende su trampa, pues la transgresión no radica en

empoderamiento de los varones es tal, que incluso el discurso de la feminidad es tomado por travestis, transexuales y homosexuales, reinstalando la más tópica y retrógrada de las feminidades, la que hemos tratado de combatir desde el feminismo radical.

La lesbo-homosexualidad tiene la potencialidad de aproximación a un cambio cultural más profundo, que no se corresponde al del movimiento homosexual masculino, donde las políticas y el discurso están definidos por los varones masculinistas homosexuales y en los cuales se repite la invisibilización que hemos sufrido las mujeres siempre y, por lo tanto, no lograrán crear una propuesta transformadora. Lo que transforma a la sociedad es una visión crítica a los valores de la masculinidad y sus instituciones y esta reflexión no la hacen los hombres por razones obvias, ése es su lugar de poder e identidad.

La dimensión política lésbica no es la misma que la del mundo homosexual varón. Aunque estos últimos rompan con el estereotipo de la heterosexualidad, dejan intactos los valores que sostienen a la masculinidad. No cuestionan el sistema de dominio que hace posible el racismo,

aparece como aparecen los seres humanos – diferentes, nos provocan nuevos desafíos de entendernos, nuevos desafíos de rediseñarnos y sanarnos del maltrato cultural y comprender que hay múltiples maneras de entender el compromiso hacia otra persona. Este compromiso sólo puede ser el cuidar lo más que se pueda del sentimiento, que una vez que empieza, también empieza a desaparecer, como todo en la vida, tiene un inicio, un tiempo y un término. Sé que los sueños, los amores y las libertades que no se viven, se mueren dentro... te pudren, te matan poco a poco, mira cómo está este mundo sin sueños, sin amores, sin libertades, muriendo.

Debemos tener claro que la masculinidad empoderada, empodera a todos los varones,

traspasar el límite demarcado de la erótica establecida, sino en pensar dicha transgresión, en diseñar estrategias políticas para que tal transgresión no sea, como todas, recuperada.

Si no repensamos la pareja como la base del clan familiar masculinista, en que se sistematiza esta sociedad y donde se aprende el poder sobre las personas y la pertenencia como propiedad privada, seguiremos repitiendo el modelo: casarnos, legitimarnos ante el sistema, tener hijos y, si no los tenemos, suplirlos con gatos o perros, que serán cuidados como si fuesen niños.

En fin, la cadena no se detiene en establecer las imitaciones de la familia, la familia de mentira, que es peor que la familia de la consanguinidad. No

aparece como aparecen los seres humanos – diferentes, nos provocan nuevos desafíos de entendernos, nuevos desafíos de rediseñarnos y sanarnos del maltrato cultural y comprender que hay múltiples maneras de entender el compromiso hacia otra persona. Este compromiso sólo puede ser el cuidar lo más que se pueda del sentimiento, que una vez que empieza, también empieza a desaparecer, como todo en la vida, tiene un inicio, un tiempo y un término. Sé que los sueños, los amores y las libertades que no se viven, se mueren dentro... te pudren, te matan poco a poco, mira cómo está este mundo sin sueños, sin amores, sin libertades, muriendo.

Debemos tener claro que la masculinidad empoderada, empodera a todos los varones, también a los homosexuales. En todos los momentos de exaltación de la masculinidad a lo largo de la historia, han aparecido grupos homosexuales varones más o menos legitimados en la semipenumbra del poder, por ello es fundamental desentrañar todos los espacios legitimados en la semipenumbra del poder. No quiero decir que los homosexuales varones no sean perseguidos, sino que gozan de ciertos beneficios de los que no gozan las lesbianas. El

traspasar el límite demarcado de la erótica establecida, sino en pensar dicha transgresión, en diseñar estrategias políticas para que tal transgresión no sea, como todas, recuperada.

Si no repensamos la pareja como la base del clan familiar masculinista, en que se sistematiza esta sociedad y donde se aprende el poder sobre las personas y la pertenencia como propiedad privada, seguiremos repitiendo el modelo: casarnos, legitimarnos ante el sistema, tener hijos y, si no los tenemos, suplirlos con gatos o perros, que serán cuidados como si fuesen niños.

En fin, la cadena no se detiene en establecer las imitaciones de la familia, la familia de mentira, que es peor que la familia de la consanguinidad. No estoy diciendo que no haya que querer a los niños o a los animales, sino que no se los debe usar como suplentes, ni confundirlos tan fácilmente como los confunde esta cultura: tratando a los niños como animales y a los animales como niños, sin respetar a ninguno finalmente.

La pareja existe, porque existe la lógica del dominio. En esta lógica se ejercita la cultura masculinista, de ahí el tópico de «en el amor y en

la guerra todo se vale»: servicio secreto, cautivos, rehenes, estrategias, asaltos, traiciones, planificación de ataque, inmolaciones, derrotas, victorias, etcétera. Estas maniobras se disfrazan en la guerra tras el halo heroico salvador, mientras que en el plano amoroso son pintadas como novela rosa. Esta cultura no entiende, ni construye seres libres y autónomos, por el contrario, los confunde, los hace carentes, de tal manera que tienen que completarse en otro/otra, del cual depende y que lo construye socialmente. Una persona sin necesidad de completarse está en desventaja ante el sistema, pero, al mismo tiempo, está en completa ventaja hacia sí misma, cuenta con el poder de diseñar su vida en libertad. El sistema sanciona los gestos libertarios que atentan contra el orden de la estructura social,

respondimos a la familia?, que es la que juzga, mal ama y finalmente nos instala en una sociedad a su imagen y semejanza. ¿Cómo vivir nuestros amores y desamores de tal manera que sean una propuesta de respeto humano y de libertad, más allá de las protecciones y de los sacrificios de los moldes de la propiedad y fidelidad masculinista? Cuando podamos retomar la narración propia de la sexualidad de las mujeres y de la sexualidad lésbica, no el lenguaje de la negación que hemos tenido hasta ahora, no el lenguaje de la sexualidad legitimada y profesionalizada, hoy tan de moda, resguardada constantemente en sacralidades, podremos limpiar este espacio lleno de tópicos, de romanticismo sadomasoquista y lograr que sea diferente.

la guerra todo se vale»: servicio secreto, cautivos, rehenes, estrategias, asaltos, traiciones, planificación de ataque, inmolaciones, derrotas, victorias, etcétera. Estas maniobras se disfrazan en la guerra tras el halo heroico salvador, mientras que en el plano amoroso son pintadas como novela rosa. Esta cultura no entiende, ni construye seres libres y autónomos, por el contrario, los confunde, los hace carentes, de tal manera que tienen que completarse en otro/otra, del cual depende y que lo construye socialmente. Una persona sin necesidad de completarse está en desventaja ante el sistema, pero, al mismo tiempo, está en completa ventaja hacia sí misma, cuenta con el poder de diseñar su vida en libertad. El sistema sanciona los gestos libertarios que atentan contra el orden de la estructura social, dado que está pensado para seres carentes, que se pueden manejar. Un ser libertario, en cambio, es inmanipulable, infanatizable. La estructura social está ideada para sujetos estancos, creyentes de esta cultura, que hacen inamovibles los cambios que necesitamos para crear una cultura más horizontal y respetuosa.

respondimos a la familia?, que es la que juzga, mal ama y finalmente nos instala en una sociedad a su imagen y semejanza. ¿Cómo vivir nuestros amores y desamores de tal manera que sean una propuesta de respeto humano y de libertad, más allá de las protecciones y de los sacrificios de los moldes de la propiedad y fidelidad masculinista? Cuando podamos retomar la narración propia de la sexualidad de las mujeres y de la sexualidad lésbica, no el lenguaje de la negación que hemos tenido hasta ahora, no el lenguaje de la sexualidad legitimada y profesionalizada, hoy tan de moda, resguardada constantemente en sacralidades, podremos limpiar este espacio lleno de tópicos, de romanticismo sadomasoquista y lograr que sea diferente.

El amor no es uno solo en la vida, no nace por generación espontánea, existe un hilar de amores que se van engarzando en el tiempo. Cada uno tiene un sentido, cada uno trae una propuesta y en cada uno va quedando un pendiente. Todos los pendientes, acumulados, reservados en el tiempo aparecen reales y concretos en el amor presente y, éste último, va a constituir otro pendiente en el futuro. El amor no es uno solo ni muere en un accidente en la esquina, es un ejercicio constante,

Muy distinto es hablar de la libertad de estar, amar y transitar acompañado con un otro/otra, que

individuales, simbiotizándonos con la otra en un gesto siamésico. Todas las alternativas de libertad, de amor, de vida y de eros quedan cerradas, pues el amor es uno de los lugares de expresión más directo del poder, por lo que está siempre en crisis y cada cierto tiempo volverá a aparecer en el horizonte de nuestra individualidad la necesidad de otros eros, otros despertares corporales, otros deseos de libertad.

La pareja ya significada, hace perder no sólo el amor, sino el deseo de aventura, de aventurarse en otros seres, de aventurarse a inventar nuevas sociedades, nuevas culturas, nuevas formas de relación. Clausura aquel anhelo de libertad y es, justamente allí, donde aparecen los seres rotos por dentro y por fuera, toda esa cantidad de seres

estacionarse en una pareja patriarcalizada con la proyección de por vida, repitiendo el modelo de la propiedad privada. La pareja (matrimonio) se arma de tal manera que uno tiene el poder y el otro el contrapoder, roles que se invierten temporalmente, pero que fijan a los individuos en la ambición de dominio, emborrachándoles la vida en el juego de detentar un pequeño poder. Asimismo, cautiva a las personas con el mandato de la seguridad que proporciona la fidelidad = vigilancia, con lo cual esta construcción basada en el amor sistémico, termina por encerrar al amor y matarlo.

A pesar de que esta construcción amorosa no la inventamos las mujeres, somos las más atrapadas en ella, ya que instala a nuestros propios

individuales, simbiotizándonos con la otra en un gesto siamésico. Todas las alternativas de libertad, de amor, de vida y de eros quedan cerradas, pues el amor es uno de los lugares de expresión más directo del poder, por lo que está siempre en crisis y cada cierto tiempo volverá a aparecer en el horizonte de nuestra individualidad la necesidad de otros eros, otros despertares corporales, otros deseos de libertad.

La pareja ya significada, hace perder no sólo el amor, sino el deseo de aventura, de aventurarse en otros seres, de aventurarse a inventar nuevas sociedades, nuevas culturas, nuevas formas de relación. Clausura aquel anhelo de libertad y es, justamente allí, donde aparecen los seres rotos por dentro y por fuera, toda esa cantidad de seres humanos que no están vigentes, pues depositaron en otro/a toda su capacidad erótica, amorosa, creativa, para transformarse en seres amputados. Esto que pareciera pertenecer exclusivamente al mundo del amor, al mundo privado, es la representación del mundo concreto, político, de la vida cotidiana que construimos como sociedad.

¿A quién le estamos entregando el poder sobre nosotras? ¿Cuánto tiempo en la historia

estacionarse en una pareja patriarcalizada con la proyección de por vida, repitiendo el modelo de la propiedad privada. La pareja (matrimonio) se arma de tal manera que uno tiene el poder y el otro el contrapoder, roles que se invierten temporalmente, pero que fijan a los individuos en la ambición de dominio, emborrachándoles la vida en el juego de detentar un pequeño poder. Asimismo, cautiva a las personas con el mandato de la seguridad que proporciona la fidelidad = vigilancia, con lo cual esta construcción basada en el amor sistémico, termina por encerrar al amor y matarlo.

A pesar de que esta construcción amorosa no la inventamos las mujeres, somos las más atrapadas en ella, ya que instala a nuestros propios guardianes de la feminidad, a los que rendir cuentas, a los que explicarle: por qué miraste, por qué no llegaste, por qué pensaste, por qué te vas, por qué volviste, por qué soñaste, por qué gritaste, por qué te rebelaste. Otros modos, otros ensayos de convivencias son invisibilizados y castigados, pues el sistema está siempre vigilante y temeroso de su potencial derrumbe.

Como lesbianas, tenemos una historia gestual y política de vida que va más allá del relato amoroso. Sumergirse en una pareja ya significada tiene tantos costos, costos de vidas enteras, como salirse de las actuales formas de amar con sus fidelidades y lealtades. No hay modelos, no hay registro, no hay rastro, a pesar de haber muchos ensayos silenciados, no tenemos idea de cómo hacerlo. Con tantas inseguridades, carencias y miedos con que nos socializan, vivimos sufriendo, porque solamente sumergidas en el drama sentimos que amamos, que vivimos y morimos al mismo tiempo. El drama carece de reflexión y he aquí uno más de los gestos que nos someten y nos recuperan.

Para que el sistema y su engranaje de relaciones

construye ningún respeto y esto sí es un gesto político.

Romper nuestras necesidades tan profundamente inscritas con argumentos culturales y biólogos de complementaridad, han llevado a entender el amor solamente en su dimensión reproductora, protectora y cuidadora de la pareja heterosexual, tan funcional a un sistema capitalista y neoliberal que necesita del ordenamiento de poseer.

La pareja lésbica debiera romper esta construcción cultural, pero se enreda, se confunde: por un lado, se mantiene en un medio totalmente hostil que hace que se unan, se protejan, se encierren entre sí como una condición de sobrevivencia y, por otro, al salirnos de la

Como lesbianas, tenemos una historia gestual y política de vida que va más allá del relato amoroso. Sumergirse en una pareja ya significada tiene tantos costos, costos de vidas enteras, como salirse de las actuales formas de amar con sus fidelidades y lealtades. No hay modelos, no hay registro, no hay rastro, a pesar de haber muchos ensayos silenciados, no tenemos idea de cómo hacerlo. Con tantas inseguridades, carencias y miedos con que nos socializan, vivimos sufriendo, porque solamente sumergidas en el drama sentimos que amamos, que vivimos y morimos al mismo tiempo. El drama carece de reflexión y he aquí uno más de los gestos que nos someten y nos recuperan.

Para que el sistema y su engranaje de relaciones funcione, debe existir una propietaria o propietario, una depositaria del sacrificio de entregarnos. Insisto en que el sacrificio es una trampa y hasta que no descubramos lo tramposo que es esta forma de amar sufriendo, seguiremos permeadas del sacrificio de unos por otros... y no estaremos saliendo de toda la hipocresía antagónica del sistema. No necesitamos ser mártires, ni creer en cruces para construir el respeto de lo humano, pues recreando parejas sacrificadas, no se

construye ningún respeto y esto sí es un gesto político.

Romper nuestras necesidades tan profundamente inscritas con argumentos culturales y biólogos de complementaridad, han llevado a entender el amor solamente en su dimensión reproductora, protectora y cuidadora de la pareja heterosexual, tan funcional a un sistema capitalista y neoliberal que necesita del ordenamiento de poseer.

La pareja lésbica debiera romper esta construcción cultural, pero se enreda, se confunde: por un lado, se mantiene en un medio totalmente hostil que hace que se unan, se protejan, se encierren entre sí como una condición de sobrevivencia y, por otro, al salirnos de la estructura de amor reproductivo y de dominio, tomamos el discurso del romántico amoroso sentimental. El hombre, infiel por naturaleza, ya no es requerido en el juego amoroso, por lo tanto, si nos juntamos dos mujeres que somos las fieles por naturaleza, las que sí sabemos amar, las que amamos sin límites, traducimos estas fidelidades en clausuras, se la ahorramos al sistema. Nos clausuramos, nos sistematizamos, nos ordenamos en pareja y nos perdemos como personas